

GEOGRAFIA LITERARIA DE ESPAÑA

SE podría hacer —hemos pensado alguna vez, viajando por nuestra Patria— una interesante Geografía literaria de España. Puntualizando más: una descripción y hasta una interpretación de España, en sus ciudades, en sus campos, en sus ríos, en sus montes, en sus tipos, en las formas diversas de su naturaleza o de su carácter, según textos extraídos de novelas, de ensayos, de poesías... Si una Antología así concebida la extendiéramos a toda suerte de autores, antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, el recuento sería har- to difícil, la selección se complicaría mucho, flotando el criterio en revuelto mar de confusiones, y obtendríamos una Geografía Literaria de España, por excesiva o minuciosa, un tanto ineficaz. Las gentes se limitarían a leer páginas sueltas, buscando las de su especial agrado, con desdén para todas las demás. Más valiera, pues, que el pre- sunto colector se anticipase y redujera su trabajo a originales que realmente mereciesen ser seleccionados, por el doble mérito de la re- ferencia más o menos exacta, y de la expresión más o menos bella, en lengua española.

¡Cuánto se ha escrito sobre España...! Pero convengamos en que, desde el punto de vista de la conciencia nacional, nada es tan inter- esante como el testimonio de los propios españoles, que tanto ayu- da al mutuo conocimiento. El testimonio de los extranjeros —tam- bién útil, pero a otra luz— suele adolecer de notorios defectos: par- cialidad en la visión, deformación de la imagen, prejuicio de lo pin- toresco... Los ojos del peregrino en su patria son más limpios y

guardan con el corazón una especie de dependencia que no quita lucidez, sino que presta calor. Y el amor, dígame lo que se quiera, abre la puerta al conocimiento. Cuando en pleno auge del romanticismo se discurrió aquella empresa editorial —popular entonces— de «Los españoles pintados por ellos mismos» se hizo algo más que un ameno pasatiempo, a tono con la literatura costumbrista de moda en aquella sazón, tan dada al color local. Lo que se hizo con «Los españoles pintados por ellos mismos» fué poblar de figuras vivas los paisajes, los monumentos, las perspectivas varias, a que tan aficionados se venían mostrando escritores, pintores y dibujantes. Los «Recuerdos y bellezas de España», obra de significativo alcance, a la que asociaron, como es sabido, sus respectivas inspiraciones Francisco Javier Parcerisa, Pablo Piferrer y José María Quadrado, marcan un momento sobremanera expresivo en la marcha general de la sensibilidad española, referida a la percepción del tema «España», en cuanto objeto de conocimiento histórico, geográfico, arqueológico, artístico, etc. Pues bien: en tanto los «Recuerdos y bellezas de España» nos ofrecen, no a título de experiencia personal, como los viajes de Ponz, sino con positiva trascendencia social, el documento de la objetiva realidad nacional, nos suministran «Los españoles pintados por ellos mismos» el documento concretamente humano, a modo complementario. Mucho más que en un tratado científico, se llega a saber de España en aquellos libros, con su prosa siempre cálida y comunicativa, con sus grabados de cuidado pormenor.

¿Es entonces, esto es, a la hora romántica, cuando comienza a sentirse, en rigor de sentido, la emoción de la naturaleza, la nuestra o la ajena, por parte de los literatos? *Azorín*, en un libro que se halla en la línea a que nos referimos, «El paisaje de España visto por los españoles», se pregunta: «¿Cómo ha nacido el gusto por el paisaje, por la Naturaleza, por los árboles y por las montañas, en la literatura?... ¿Cuándo y de qué manera se ha ido formando la dilección por los panoramas campestres, en nuestras letras?» *Azorín* se contesta a sí propio: «El gusto por la Naturaleza en la literatura es completamente moderno». Pero esto no es del todo cierto. El

gusto de la Naturaleza en la literatura se ha extendido mucho en los tiempos inmediatamente anteriores a los nuestros, por razones entre las que forzosamente ha de ser contada la facilidad en los viajes que supuso el mágico hallazgo del tren y del automóvil. Pero ese gusto por la Naturaleza ha sido numen de las más lejanas literaturas, si bien es lógico que a su expresión artística se añadan, en lo moderno, nuevos matices y aun se logren más hondas penetraciones. El mismo *Azorín*, en su exquisito libro antes citado, rastrea las huellas que han ido dejando en la Literatura cuantos han tenido ojos para el campo, a partir de los primitivos, y es en el *Poema del Cid*, por ejemplo, donde halla, en esquema de vigoroso trazo, la visión de la vega de Valencia, desde una altura: «Miran Valencia, cómo yace la ciudad e de la parte del mar; miran la huerta, espesa e grant...» No sólo esto; algunas otras viñetas por el estilo se encuentran en el *Poema del Cid* perfectamente situado en el espacio, pudiéndose reconstruir los itinerarios de Rodrigo Díaz de Vivar, entre robles y castillos, por tierras de Burgos, Soria, Guadalajara... El Arcipreste de Hita, junto al Henares; Gonzalo de Berceo, en prados de la alta Castilla; el Marqués de Santillana, en las quiebras de Somosierra, nos transmiten la emoción de parajes que ulteriormente han acrecido su significación geográfico-literaria. Las rutas que nos llevan a descifrar las claves de la Naturaleza hispánica son las mismas, y si don Íñigo López de Mendoza volviera al deleitoso valle del Pualar, hallaría la sombra pensativa de Jovellanos, pidiendo «a la muda soledad, consuelo».

*«Del claro río sobre el verde margen,
crecen frondosos álamos, que al cielo,
ya erguidos, alzan las plateadas copas,
o ya sobre las aguas, encorvados
en mil figuras, miran con asombro
su sombra en los cristales retratada...»*

A propósito de ríos: si el humilde Lozoya cuenta con una tradición literaria singularmente prestigiosa, que nace con nuestra lengua

misma y llega hasta Enrique de Mesa, no es extraño que los próceres ríos de la ancha España —Ebro, Tajo, Guadalquivir, Duero...— hayan servido de Musa a enorme legión de clásicos y románticos: Garcilaso, Fray Luis, Góngora, Herrera, Lope, Arguijo, Pedro de Espinosa, Meléndez Valdés, el Duque de Rivas, Zorrilla... ¡Ah! Y otros ríos también, menos sonados en la geografía que en las letras: el Tormes, el Genil, el Sil, el Pisuerga... Mirando en torno nuestro, advertimos que Dionisio Ridruejo ha ganado el singular título de poeta de los ríos de España. Y ha sabido ver el drama en secreto del Guadiana, que hurta «al día, el son y la corriente».

Abundan en el grado que es notorio las referencias geográficas en nuestro incomparable Romancero: desde Roncesvalles, por donde huyó el rey Marsín, tiñendo de sangre las yerbas del camino, hasta Ceuta, «la bien nombrada», pasando por la Bureba, Zamora, la Serranía de Ronda o la vega granadina. Tiene aires de lección para turistas de buena clase, el famoso romance de «Abenámbar y el rey don Juan»:

«¿Qué castillos son aquellos?

Altos son y relucían.

—El Alhambra era, señor,

y la otra, la Mezquita;

los otros, los Alixares,

labrados a maravilla.

... ..

El otro, es Torres Bermejas,
castillo de gran valía;

el otro, Generalife;

huerta que par no tenía...»

Sin otro propósito que el de acusar la posibilidad de una grande y diversa, «enorme y delicada», visión de España, a través de textos literarios, que compongan entre todos un panorama nacional de criterio geográfico, nos hemos internado en el mundo dilatadísimo de nuestras Letras, cediendo a la tentación de esta o aquella cita, cuan-

do es patente que cualquier enumeración a tal respecto pecaría de incompleta; que todo ejemplo resulta insuficiente en comparación con la cantidad incalculable de los que pudieran aducirse, y que un simple bosquejo, un conato de plan, por somero que fuese el intento de fijar el tema, a que estamos aludiendo, exigiría un trabajo de mucho mayor empeño y extensión que el presente artículo, breve por su propio fuero. Sólo la Geografía literaria del *Quijote* daría lugar —y alguien quizá lo haya tratado de hacer— a un tomo de nutrida lectura. No es sólo en la Mancha, fondo natural, donde se mueve la figura del héroe cervantino; es también otra España, más abrupta o risueña, la que aparece en este o aquel capítulo del más universal de nuestros libros. Menudean las alusiones a Andalucía, e impresiona fuertemente al Caballero el espectáculo de la playa de Barcelona, un día de mar jocunda y aire claro. También las «Novelas Ejemplares» proveen con largueza de papeletas o fichas a quienes deseen saber cómo se sentía la realidad española en esta o aquella de las viejas ciudades. Y es claro que también coadyuvan a este fin todas las otras obras de género narrativo —comenzando por la picaresca—, que tan llenas están de observaciones y de experiencias. Quevedo, Espinel, Mateo Alemán, el autor del *Lazarillo*, doña María de Zayas, tantos y tantos novelistas más, animan la geografía de España con Memorias de viajero que nunca pasa por lugares de interés, natural o artístico, sin rendirles el tributo de un calificativo amoroso. Deprisa va, *verbigratia*, Guzmán de Alfarache, por caminos de Castilla, y muy contento se abandona al halago de Alcalá de Henares, «por parecerme un lugar el más gracioso y apacible —dice— de cuantos había visto después que de Italia salí». Y añade: «Si la codicia de la Corte no me tuviera puestas en los pies alas, bien creo que allí me quedara, gozando de aquella fresquísima ribera...» Y todos recordamos la impresión que Marcos de Obregón el escudero nos transmite de Málaga, luminosa y fragante. Asimismo, en el teatro clásico irrumpe el medio físico de España, modelando caracteres, determinando costumbres, facilitando escenarios de pasmosa variedad: desde tragedias como *La Estrella de Sevilla*, hasta la

más ligera comedia de capa y espada. España acusa sus paisajes en versos de Calderón y Lope, de Tirso y Rojas, de Moreto y Mira de Mescua, bien entendido que ese paisaje es tanto rústico como urbano, y que Toledo, Segovia, Valladolid, Avila, Medina, Zaragoza, Burgos, Valencia, cualquier ciudad, en una palabra, hace notar su especial seducción. Fuente-Ovejuna no es simplemente un lugar de acción; es la acción misma, transustanciada a un caserío y a una campiña. Sevilla, en *El Burlador*, constituye punto menos que una razón de ser. Sierra Morena, con sus peñascos, espesuras y arroyos, se identifica con los personajes de *La Luna de la Sierra*, de Luis Vélez de Guevara...

No hay por qué desconocer que el romanticismo imprime un enérgico impulso a lo que pudiéramos llamar «literatura geográfica». El fenómeno se produce, entre otras razones, porque la recrudescida afición a tradiciones y leyendas robustece el prestigio de las ciudades históricas, y porque la canonización del «color local» dota de poderoso incentivo incluso al más apartado rincón de la pintoresca España. Don Juan vuelve a Sevilla, y a orillas del Guadalquivir se encuentra con el recién llegado don Alvaro, juguete del sino. *El Estudiante de Salamanca* anda muy cerca del huerto que hiciera memorable Fray Luis de León. Aires de Oriente, concitados por Zorrilla, estremecen suavemente los cedros de San Juan de la Cruz, en la Alhambra. Bécquer busca lo misterioso, lo sorprendente, lo inefable, en catedrales, plazas silenciosas, recónditos lugares agrestes: en el Monasterio de Veruela aposenta su sombra. Castelar, antes que nada, canta la hermosa tierra tendida «entre los riscos de los montes Pirineos y las olas del gaditano mar...» Lo que el romanticismo fantasea, la reacción naturalista lo documenta. Perfectamente individualizadas, se marcan en el mapa de España la *Villa-Bermeja*, de Valera; la *Marineda*, de Emilia Pardo Bazán; la *Vetusta*, de Leopoldo Alas. Los escritores asocian su nombre, más que a temas ideológicos, a lugares geográficos. Pereda es la Montaña. Alarcón, el Guadix de *El sombrero de tres picos*. Gabriel y Galán es Salamanca y Extremadura. Galdós es Madrid, Toledo, el litoral Cantábrico, España casi

entera, transportada a los *Episodios Nacionales*. Salvador Rueda es Málaga. Maragall, Barcelona. Blasco Ibáñez, Valencia. Antonio de Trueba, las Encartaciones. Rosalía de Castro, las rías y las aldeas gallegas. Ganivet, su *Granada la bella*. Vicente Medina, Murcia. Macías Picavea, la Tierra de Campos... La simple toponimia descubre a Unamuno la extraña y fuerte música de la Geografía de España:

«*Ávila, Málaga, Cáceres,
Játiva, Mérida, Córdoba,
Ciudad-Rodrigo, Sepúlveda,
Ubeda, Arévalo, Fromista,
Zumárraga, Salamanca,
Turégano, Zaragoza,
Lérida, Zamarramala,
Arramendiaga, Zamora,
sois nombres de cuerpo entero,
libres, propios, los de nómina,
el tuétano intraductible
de nuestra lengua española...*»

También Antonio Machado siente la poesía de los nombres geográficos: «Montes de Cazorla, Aznaitín y Mágina...» Y Manuel Machado, a su vez,

«*Carcastillo, Morentín,
Lumbier, Cintruénigo, Sesma...
Expresiones militares,
latigazos de banderas...*»

Toda la Literatura contemporánea, en prosa y verso, desborda geografía. Apenas si hay un lugar en España que no haya sido visto, sentido, interpretado por nuestros escritores. Valle-Inclán ha acertado a captar el alma de Galicia. La de Castilla alienta en *Azorín*. También el espíritu de las tierras alicantinas. Como en Gabriel Miró. Moguer pasa a la Historia gracias a *Platero y yo*. A Concha Espina se deben definitivas emociones de Santander y su Montaña. *Comedia*

sentimental, de Ricardo León, cala hondo en el carácter de Málaga. Eduardo Marquina da plástica teatral y acento clásico al dramatismo de la Costa Brava. José María Pemán realza literariamente la Andalucía Baja. Gerardo Diego incorpora su voz a las de Compostela, en concierto de ángeles y campanas...

Dicho está que toda enumeración resultaría incompleta, y toda selección, hartó difícil. Pero el punto de vista de una Geografía literaria de España nos parece que queda situado. Merecería la pena desarrollarlo en un trabajo de conjunto, amplio y metódico.

M. FERNANDEZ ALMAGRO